

ELIZABETH BISHOP
POEMAS

Selección, traducción y prólogo de
ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO 2009

ÍNDICE

PRÓLOGO	3
ALGUNOS SUEÑOS QUE ELLOS OLVIDARON	7
UN MILAGRO PARA EL DESAYUNO	8
EL DESCREÍDO	9
QUAI D'ORLEANS	10
PAISAJE MARINO	10
PEQUEÑO EJERCICIO	12
INSOMNIO	13
CONVERSACIÓN	13
INVITACIÓN A MISS MARIANNE MOORE	14
EL ARMADILLO	16
SEXTINA	17
VISITA A ST. ELIZABETHS	19
ALGUNOS SUEÑOS QUE ELLOS OLVIDARON	21

PRÓLOGO

Conocer a Elizabeth Bishop, quiero decir descubrir su poesía, es un encuentro que nada puede interrumpir. Porque también la conocí *de la otra manera*, en el encuentro breve, no reanudable ya, que con ella tuve durante su último viaje a México en 1975.

Fui a verla a su cuarto de hotel para enseñarle algunas traducciones mías de sus poemas, y esperé en un rincón a que terminaran de hacerle una entrevista. Tenía los cabellos grises y no le interesaba corregir la edad de su rostro con ningún afeitte; tal vez por ello no la veo ahora vestida de negro, como estaba, sino “de muy negro”, “de completamente negro”. Habla despacio y con voz bastante baja, como si estuviera fatigada de todo o supiera que así se escucha mejor. Le oí decir que sólo viajaba por volver a ver a nuestro país —la habían invitado a participar en un encuentro de poetas—; que no le gustaba hablar de su propia poesía (“porque repiten siempre que tengo influencias de Marianne Moore, y esto no sucede más que en cuatro o cinco poemas”, y “porque hablan casi exclusivamente de mis imágenes y *también* tengo algunas ideas”).

Cuando terminó, leyó mi trabajo. Recuerdo que me corrigió, en “El iceberg”, el verso que ahora dice: “y todo el mar fuera mármol en movimiento”. Luego comentó: “¡Qué viejos son algunos de esos versos!... Escribo siempre el mismo poema”. “¡Son tan nuevos!”, le dije —y le confesé que sólo había comprado su libro en la tercera edición de 1970, pero que en seguida me había puesto a traducirla para leerla mejor (esas viejas versiones, algo corregidas, son las que ahora presento— todavía estaba inédito entonces *Geography III*, del que alguna vez haré mi antología). Descartó uno de mis borradores, *Songs for a Colorea Singer*, porque, “sobre todo en la Parte IV, habría que intentar algo más musical”, me dijo, y “Visit to St. Elizabeths”, “porque *acaba* de ser publicado en México” (Octavio Paz lo tradujo, *Plural*, IV/73); y escogió “los más logrados” para

Diorama. Siguió un silencio que no sé cuánto duró.

Fumábamos, sonreíamos, yo imaginaba frases en inglés (le “decía” cosas de su poesía), pero no pude traducirlas a sonido. El silencio, sin embargo, no era tenso sino tranquilo. Me dijo por fin: “Leo bien el español pero sólo hablo el portugués”. Y se puso a contarme cómo sucedió que, sin haberlo planeado, se quedara a vivir dieciocho años en Brasil. Mencionó su antología (1972) de la poesía brasileña contemporánea; a una pregunta mía, expresó su preferencia por Drummond de Andrade y João Cabral de Melo Neto, de quienes ya había incluido versiones en *The complete Poems*; a otra pregunta, confesó sonriendo su falta de interés por la poesía concreta, “tan poco concreta que es imposible recordarla, pensar en ella en la cama, antes de dormirse”. Y evocó finalmente, al darme su dirección para que fuera un día a verla si pasaba por Boston, el departamento que habitaba “en un muelle muy viejo, construido en la primera mitad del siglo XIX”, y lo que veía desde su ventana: el mar, los pájaros del mar, los barcos...

Una noche de octubre de 1979, en la ciudad de México, cayó tres veces al suelo su fotografía, colocada en un anaquel; tres veces fue restituida a su lugar por la mano de M. J., nuestra común amiga. En la madrugada, sonó en casa de ésta el teléfono: una “larga distancia”. Le comunicaron la noticia de la muerte, ocurrida en mágica coincidencia con las caídas del retrato. Cuando me lo contaron, pensé en los detalles mágicos de la poesía de Elizabeth; en Miss Marianne Moore *volando* sobre el puente de Brooklyn y recibida por una multitud de cosas prodigiosamente animadas; en los pájaros negros que llovían, no se sabe de dónde, en otro poema; en *el descreído* al que llevaran dormido hasta la punta de un mástil —a menos que ascendiera “dentro de un pájaro dorado”; en el “milagro para el desayuno”. ¿Qué más añadir? Me llega de pronto, desde su poema “Conversación”, una lección de silencio: “El tumulto en el corazón / sigue haciendo preguntas. / Y luego se detiene y empieza a responder / en el mismo tono de voz. / Nadie notaría la diferencia.”

Elizabeth Bishop (1911-1979) tuvo una infancia triste y solitaria, que tal vez la hizo tomar esa distancia, respecto al mundo y a la vida social, en que estaba instalada siempre y que explica sus largos exilios de viajera, la manera oblicua con que excepcionalmente es autobiográfica (en *Geography III*), los temas de la supervivencia y de la tierra natal, la incontaminación de su poesía siempre ajena a las modas y a las vanguardias. No cumplía un año cuando murió su padre y tenía cinco cuando su madre fue internada en un sanatorio para enfermos mentales (¿no hay, en “Visita a St. Elizabeths”, de 1950, una emoción más vieja que se pierde, que se mezcla a la de ver a Ezra Pound en el manicomio de Bedlam?). Educada por unas tías, estudió primero en Boston y se graduó en Vassar en 1934. Allí fue condiscípula de Mary McCarthy e hizo amistad con la ya reconocida Marianne Moore. Escribió para numerosas revistas —sobre todo *The New Yorker*— y enseñó en Harvard. Produjo así, a lo largo de unos cuarenta y cinco años, una obra relativamente corta (*The Complete Poems* reúne, en 200 páginas, todos sus libros y las 30 páginas de traducciones del portugués, y *Geography III* tiene 50 páginas más).

Esta obra bastó para que su talento fuera ampliamente reconocido: con el Premio Pulitzer en 1946, con The National Book Award en 1970, y después con el codiciado “Books Abroad” / Premio Internacional Neustand. Su obra conoció la entusiasta respuesta de poetas tan distintos como Robert Lowell, John Ashbery, Frank O'Hara u Octavio Paz. Ashbery habló de la exactitud de su visión y de su grandeza, que “nunca sonaba a *grandiosa*” porque estaba “arraigada en los detalles cotidianos” y era más bien la grandeza convincente del discurso franco. Lowell elogió su “tono de una profunda y grave ternura, de un triste regocijo” (citado por Herbert Leibowitz en una nota del *N. Y. T. Book Review*). Paz le dedicó un bello ensayo (*Plural*, X/ 75).

Son muchos los poetas que hacen *ejercicios para ver mejor la realidad*. Los de ella me la muestran con precisión de cartógrafo y absoluto respeto al enigma.

Su “armadillo”, su “aguanieves”, sus “gallos”, su ciudad vista por la noche desde un avión, sus paisajes entre reales e imaginados son, como en el verso de Guillen, “enigmas corteses (que) allí están”; enigmas, creo, que quieren ser escudriñados hasta el fondo pero nunca resueltos. Gran viajera, también se desplazaba ella, continuamente, de uno a otro de los lugares del tiempo, hablando de “la vida y la memoria de la vida, tan unidas / que se han convertido la una en la otra”.

ULALUME GONZÁLEZ DE LEÓN

EL ICEBERG IMAGINARIO

Mejor el iceberg que la barca,
aunque significara el final de nuestro viaje,
aunque permaneciera inmóvil como una roca de
nube
y todo el mar fuera mármol en movimiento.
Mejor el iceberg que la barca,
mejor ser amos de esta palpitante llanura de nieve
aunque las velas se postren sobre el mar
como nieve que yace sobre el agua sin disolverse.
Oh solemne campo flotante,
¿te das cuenta?: un iceberg reposa en ti
y podría apacentarse en tus nieves cuando despierte.

Por este escenario daría sus ojos un marinero.
La nave es ignorada. El iceberg se yergue
y vuelve a sumergirse; sus pináculos cristalinos
corrigen elípticas por el cielo.
En este escenario, aun quien frecuenta las tablas
es de una torpe retórica. El telón, tan ligero,
podría ser levantado por las más finas cuerdas
que con sus etéreos torzales ofrece la nieve.
Con sus agudezas, los blancos picos
provocan al sol. Su peso atreve el iceberg
por el cambiante teatro, de pie, vigilante.

Este iceberg labra sus facetas desde adentro.
Como las joyas de una tumba,
perpetuamente se conserva: adorno
de sí mismo tan sólo —o tal vez de esas nieves
tan sorprendentes sobre el mar tendidas.
Adiós, adiós, decimos. La nave zarpa hacia el sitio
donde olas a más olas y a más olas se rinden
y las nubes se deslizan por un cielo más cálido.
Los icebergs exhortan al alma a que los vea
(ya que se nutren ambos de los menos visibles
elementos)
corpóreos, limpios, erguidos, indivisibles.

UN MILAGRO PARA EL DESAYUNO

A las seis en punto ya esperábamos el café,
esperábamos el café y la migaja caritativa
que iban a servirnos desde cierto balcón
—como reyes antiguos, o como un milagro.
Todavía estaba oscuro: un pie del sol
se posó en una larga onda del río.

El primer ferry del día acababa de cruzar el río.
Con tanto frío, confiábamos en que el café
estuviera muy caliente —ya que el sol
no prometía ser tibio— y en que la migaja fuera
un pan para cada cual, con mantequilla, por milagro.
A las siete, un hombre salió del balcón.

Permaneció un minuto, solo, en el balcón
mirando hacia el río por encima de nuestras cabezas.
Un sirviente le alcanzó los elementos del milagro:
una simple taza de café y un panecillo
que él se puso a desmigajar —su cabeza
literalmente entre las nubes, junto al sol.

¿Estaba loco el hombre? ¿Qué cosas bajo el sol
intentaba hacer, allá arriba en su balcón?
Cada cual recibió una migaja, más bien dura,
que algunos arrojaron desdeñosos al río,
y en una taza una gota del café. Entre nosotros,
hubo quienes siguieron esperando el milagro.

Puedo contar lo que vi entonces. No fue un milagro.
Una hermosa mansión se alzaba al sol
y llegaba de sus puertas aroma a café caliente.
Al frente, un balcón barroco de yeso blanco,
guarnecido por pájaros de los que anidan junto al río
—lo vi pegando un ojo a la migaja—

y corredores y aposentos de mármol. Mi migaja
mi mansión, hecha milagro para mí,
a través de los siglos, por insectos y pájaros y el río
que trabajó la piedra. Cada día a la hora
del desayuno, me siento al sol en mi balcón,
encaramo en él los pies y bebo litros de café.

Lamimos la migaja y tragamos el café.
Al otro lado del río, atrapó al sol una ventana
como si el milagro se hubiera equivocado de balcón.

EL DESCREÍDO

Duerme en la punta de un mástil
Bunyan

Duerme en la punta de un mástil
con los ojos firmemente cerrados.
Debajo de él, cuelgan las velas
como sábanas que cayeran de su lecho
exponiendo al aire de la noche la cabeza del
durmiente.

Lo transportaron allí dormido
y se ovilló, dormido,
como dorada esfera en la punta del mástil
o ascendió dentro de un pájaro dorado,
o ciegamente se instaló a horcajadas.

“Me apoyo en columnas de mármol”,
dijo una nube. “No me muevo nunca.
¿Ves allí las columnas, en el mar?”
A salvo en la introspección, se asoma
a ver las acuosas columnas de su propio reflejo.

Bajo sus alas, abría las suyas una gaviota
y observaba que el aire era “como mármol”.

“Aquí arriba”, dijo él, “me remonto
a través del cielo, porque vuelan
las alas de mármol sobre la punta de mi torre”.

Pero duerme en la punta de su mástil
con los ojos muy bien cerrados.
Indagó su sueño la gaviota,
y el sueño era: “No debo caer.
Resplandeciente a mis pies, el mar quiere que caiga.
Es duro como los diamantes: quiere destruirnos
a todos”.

QUAI D’ORLEANS

A Margaret Miller

Cada barcaza por el río remolca sin esfuerzo
una poderosa estela,
inmensa hoja de roble de grises destellos
sobre un gris más opaco;
y detrás de ella flotan hojas verdaderas,
descienden hacia el mar.

Venas de azogue en las gigantes hojas,
ondulaciones avanzan
hacia el lado del muelle, se extinguen
contra sus murallas,
suaves, como a su fin van las estrellas fugaces
en algún punto del cielo.

Y trolepes de hojas pequeñas, de hojas reales las
persiguen a la deriva
hasta perderse, humildes en el vestíbulo
disolvente del mar.
De pie, inmovilizados como rocas miramos
las hojas y las ondas
mientras la luz sostiene con las nerviosas aguas
una entrevista.

“Si lo que vemos pudiera olvidarnos la mitad
de lo que a sí mismo se olvida
—quiero decirte— pero no podremos librarnos
en toda la vida del fósil de las hojas.

PAISAJE MARINO

Este paisaje celestial, con garzas blancas que
ascienden como ángeles
volando tan alto como quieren y hacia ambos lados
tan lejos como quieren
en hileras y más hileras de immaculados reflejos;
esta región entera, desde la más alta de las garzas
hasta la ingrátida isla de mangles, aquí abajo,
con sus brillantes hojas verdes nítidamente orladas
de excrementos
de pájaros, como estampa iluminada sobre plata, y
los arcos
tan sugestivamente góticos de las raíces del manglar
y los hermosos prados verde habichuela
donde a veces un pez salta como una flor silvestre
en un ornamental rocío de rocío;
este cartón de Rafael, para alguna papal tapicería,
se parece al paraíso.
Pero el faro esquelético que allí se alza,
de clerical vestido blanco y negro, siempre alerta,
piensa que él sabe la verdad de las cosas.
Piensa que el infierno hierve a sus pies acerados,
que por ello son tan cálidos los bajos de las aguas;
sabe que el paraíso es diferente.
El cielo no es como volar o nadar,
tiene algo que ver con la negrura, y una fiera mirada,
y cuando se ensombrezca, recordará el faro
algo bastante rudo que decir sobre el tema.

PEQUEÑO EJERCICIO

Piensa en la tormenta que ronda por el cielo
como un perro en busca de un lugar donde dormir
escucha cómo gruñe.

Piensa cómo ha de verse el cordaje del mangle
tendido allí afuera e insensible al relámpago
en oscuras familias de fibras ásperas,

allí donde a veces una garza se despeina,
sacude sus plumas, hace un incierto comentario
cuando a su alrededor el agua brilla.

Piensa en el bulevar y las pequeñas palmeras
clavadas en fila, que se revelan de improviso
como puñados de flexibles peces —esqueletos.

Está lloviendo allí. El bulevar
y sus rotas aceras con hierbas en cada ranura
sienten el alivio de estar mojados, y el mar de
refrescarse.

Ahora la tormenta vuelve a alejarse en una serie
de minúsculas, mal iluminadas escenas de batallas,
cada cual en “Otra parte del campo”.

Piensa en alguien que duerme en el fondo de un
bote,
amarrado a las raíces del mangle o al pilote de un
puente;
piénsalo indemne y apenas perturbado.

INSOMNIO

La luna, en el “espejo del tocador,
mira a un millón de millas
(y tal vez, con orgullo, hacia sí misma,

pero nunca, nunca sonrío)
de distancia, más allá del sueño, o
tal vez duerma de día.

Por el Universo desertado
le diría *ella* que se fuera al infierno,
y encontraría un cuerpo de agua
o un espejo en el cual habitar.
Envuelve entonces tu inquietud en telarañas
y arrójala al pozo

a ese mundo invertido
donde la izquierda es siempre la derecha,
donde las sombras son realmente el cuerpo,
donde pasamos en vela las noches
y los cielos son tan poco profundos
como profundo es ahora
el mar, y tú me amas.

CONVERSACIÓN¹

El tumulto del corazón
sigue haciendo preguntas.
Y luego se detiene y empieza a responder
en el mismo tono de voz.
Nadie notaría la diferencia.

Nada inocentes, estas conversaciones empiezan,
convocan después a los sentidos
hacia sólo la mitad de un sentido.
Y después, no hay alternativa;
y después, no hay sentido;

hasta que un nombre
y todas sus connotaciones
son lo mismo.

¹ Este es el primero de “Cuatro poemas”

INVITACIÓN A MISS MARIANNE MOORE

Desde Brooklyn, por encima del puente
de Brooklyn, en la mañana espléndida, por favor
ven volando.

En una nube de sustancias químicas,
ardientes y pálidas,
por favor ven volando
al rápido redoble de miles de tambores
pequeños, azules,
que bajan desde el cielo aborregado
por las graderías resplandecientes
de las aguas del puerto,
por favor ven volando.

Silbatos, gallardetes y humo estallan. Las naves
se hacen señales cordiales con multitud de banderas
que se elevan y se abaten sobre la bahía como
pájaros.

Entran en escena dos ríos: graciosamente,
portan diáfanas, pequeñas, innumerables aguamares
en centros de cristal de roca sobrecargados de
cadenas de plata.

Será un vuelo seguro. Que haya buen tiempo
es asunto arreglado. Las olas
corren en verso esta espléndida mañana.

Por favor ven volando.

Ven: con zapatos negros que despidan
por las puntas, afiladas un destello de zafiro;
con una capa negra de alas de mariposas
y de ocurrencias; con sabe Dios
cuántos ángeles montados en la negra
y ancha ala de tu sombrero.

Por favor ven volando.

Trae contigo un ábaco, musical, inaudible,

y un ligeramente reprobatorio entrecejo
y unas cintas azules.

Por favor ven volando.

Hechos y rascacielos relumbran en la marea;
Manhattan, esta espléndida mañana,
está empapada en buenos principios. Entonces,
por favor ven volando.

Montada en el cielo con innato heroísmo,
por encima de los accidentes y las películas inmorales,
por encima de los taxis y las injusticias de
toda especie,
mientras soplan los cuernos en tus lindos oídos
que simultáneamente escuchan una suave,
no inventada música apta para almizcleros,
por favor ven volando.

Tú, por quien se comportan los más rígidos museos
con igual cortesía que el gasta-reverencias
ave-macho; a quien esperan los afables
leones que descansan sobre la escalinata
de la Biblioteca Pública, ansiosos
por saltar y seguirte puertas adentro
hasta la sala de lectura,
por favor ven volando.

Con dinastías de construcciones en negativo
que se vayan tornando ininteligibles
y caigan muertas a tu alrededor;
con una gramática que de improviso vire y brille
como el plumón de las aguanieves en pleno vuelo,
por favor ven volando.

Ven como una luz por el cielo blanco
y aborregado, como un diurno
cometa provisto de una larga,
no nebulosa cola de palabras;
desde Brooklyn, por encima del Puente
de Brooklyn, en la mañana espléndida
por favor ven volando.

EL ARMADILLO

A. R. Lowell

Esta es la época del año
en la que casi cada noche
aparecen, ilegales, los frágiles globos de fuego.
Ascienden a la cima de la montaña,

elevándose hacia algún santo
aún venerado en estas tierras,
y sus cámaras de papel enrojecen, se llenan
de una luz que va y viene, como corazones.

Una vez en lo alto, contra el cielo,
es difícil distinguirlos de las estrellas
—es decir, los planetas, los coloreados:
Venus que declina, o Marte

o aquel otro, verde pálido. Una ráfaga,
y se inflaman, titubean, vacilan, se agitan;
pero quieto el aire, navegan seguros y atraviesan
la armazón de cometa de la Cruz del Sur,

retroceden y menguan y nos dejan
—firmes ellos y solemnes— en el mayor desamparo;
o impelidos desde un pico por corrientes descendentes,
se convierten en súbito peligro.

Anoche cayó otro de los grandes.
Reventó como un huevo de fuego
contra el acantilado espaldas de la casa.
Chorrearon llamas. Vimos

volar al par de búhos que allí anidan,
alto, más alto, en torbellino blanquinegro

con una mancha rosa vivo por debajo,
hasta que, se perdieron de vista chillando.

Tal vez ardiera el viejo nido de los buhos.
Aprisa, solitario,
abandonó el lugar un armadillo centelleante,
cabizbajo, colibajo, veteado de rosa,
y un conejillo salió entonces,
oh sorpresa, de orejas *cortas*,
y tan suave: un puñado de cenizas intangibles,
fijos y encendidos los ojos.

*Oh remedo más que hermoso; como un sueño.
Oh juego que cae y grito penetrante
y pánico, y un débil puño acorazado
que ignorante se cierra contra el cielo.*

SEXTINA²

La lluvia de septiembre cae sobre la casa.
En la luz que declina, la vieja abuela
está sentada en la cocina con el niño
junto a la pequeña estufa
marca Maravilla, lee chistes en el almanaque,
charla y ríe para ocultar sus lágrimas.

Piensa que sus equinocciales lágrimas
y la lluvia que golpea el techo de la casa
fueron pronosticadas por el almanaque,
aunque esto sólo lo sabe una abuela.
La caldera de hierro canta sobre la estufa.
Ella corta algún pan y dice al niño:

*ya es la hora del té; pero el niño
contempla la tetera y sus pequeñas, duras lágrimas*

² *Sextina*: En inglés, poema rimado o no, de seis estrofas con seis versos y un terceto final, en que las mismas palabras se repiten en diferente orden al final de cada verso.

que bailan como locas sobre la ardiente, negra
estufa,
como debe de bailar la lluvia sobre la casa.
Ordenada, la vieja abuela
cuelga el sabio almanaque

por su cordel. Como un pájaro, el almanaque
entreabierto se cierne sobre el niño,
se cierne sobre la vieja abuela
y su taza de té llena de oscuras lágrimas.
Ella tiembla de frío y dice: *la casa
está helada*, y echa más leña a la estufa.

Tenía que ser, dice la estufa
marca Maravilla. *Sé lo que sé*, dice el almanaque.
Con lápices de colores dibuja el niño una casa
tiesa y un camino ondulante, dibuja el niño
un hombre con botones como lágrimas
y orgulloso lo enseña a la abuela.

Pero en secreto, mientras la abuela
se afana en torno a la estufa,
pequeñas lunas caen como lágrimas
de entre las páginas del almanaque
en los tiestos de flores que el niño
colocó con cuidado al frente de la casa.

Tiempo de plantar lágrimas, dice el almanaque.
La abuela canta a la maravillosa estufa
y el niño dibuja otra inescrutable casa.

VISITA A ST. ELIZABETHS³

Esta es la casa de Bedlam.

Este es el hombre

³ Nombre del manicomio en que estuvo internado Ezra Pound.

que está en la casa de Bedlam.

Esta es la hora
del hombre trágico
que está en la casa de Bedlam.

Este es el reloj pulsera
que da la hora
del hombre tan locuaz
que está en la casa de Bedlam.

Este es un marinero
que usa el reloj
que da la hora
del hombre tan enaltecido
que está en la casa de Bedlam.

Esta es la rada, toda de tablas
adonde llega el marinero

que usa el reloj
que da la hora
del admirable viejo
que está en la casa de Bedlam.

Estos son los años y los muros de la sala,
los vientos y las nubes del mar de tablas
surcado por el marinero
que usa el reloj
que da la hora
del maníaco
que está en la casa de Bedlam.

Este es un judío con un gorro de papel periódico
que baila llorando por la sala
sobre el rechinante mar de tablas
del chiflado marinero
que da cuerda al reloj
que da la hora
de ese hombre atareado
que está en la casa de Bedlam.

Este es un muchacho que golpea contra el piso
por ver si el mundo sigue allí y es plano,
para el judío viudo con su gorro de papel
que baila llorando por la sala
un vals a lo largo de una tabla ondulante
junto al callado marinero
que escucha en su reloj
el tic tac de la hora
del hombre exasperante
que está en la casa de Bedlam.

Estos son los años y los muros y la puerta
que se cierra sobre un muchacho que golpea contra
el piso
para sentir que el mundo sigue allí y es plano.
Este es un judío con un gorro de papel periódico
que baila alegremente por la sala
hacia los entablados mares que se van
más allá del marinero de ojos fijos
que sacude el reloj
que da la hora,
del poeta, del hombre
que está en la casa de Bedlam.

Este es el soldado que vuelve a casa de la guerra.
Estos son los años y los muros y la puerta
que se cierra sobre un muchacho que golpea contra
el piso
para saber si el mundo es redondo o plano.
Este es un judío con un gorro de papel periódico
que baila con cuidado por la sala
avanzando sobre el tablón de un ataúd
con el chiflado marinero
que muestra su reloj
que da la hora
del desdichado
que está en la casa de Bedlam.

ALGUNOS SUEÑOS QUE ELLOS OLVIDARON

Los pájaros muertos cayeron sin que nadie los hubiera visto volar o pudiera imaginar desde dónde. Eran negros, sus ojos estaban cerrados, y nadie supo qué clase de pájaros eran. Pero todos se apoderaron de ellos y miraron hacia arriba, por el reciente y largamente infundibilizado cielo.

También cayeron gotas oscuras. Se recogieron en los canales del tejado, se congregaron en los cielorrasos sobre los hechos de todos ellos; toda la noche, gotiformas misteriosas, colgaron sobre sus cabezas, se esparcieron después entre sus dedos distraídos, rápidas como el rocío hojas afuera.

Y ellos, ¿dónde habían visto bayas silvestres tan perfectamente negras como éstas y que brillaran igual al alba? Señuelos de centro negro, en altas ramas, o debajo de las hojas. *Venenosas*, pensaron y las olvidaron o —¡recuerda!— comieron de los sobrecargados árboles. ¿Qué flores se encogen como semillas, como éstas o la aguileña? Pero hacia las ocho o las nueve, los sueños de todos ellos son inescrutables.

Portada:
Dibujo de Marc Chagall

Editor:
Fernando Maqueo